

to y de la Silla Apostólica que no reciben sino clérigos célibes ó continentes, creen que no se debe guardar en este orden la integridad del celibato (1).

No podía dejarnos el santo Doctor un testimonio mas espreso de la antigüedad de la disciplina eclesiástica tocante á la continencia de los ministros sagrados. Defiende asimismo de un modo no menos triunfante la invocacion de los Santos, la veneracion de las reliquias, y la costumbre de encender de dia luces en las iglesias: costumbre que efectivamente principiaba á nacer en Occidente, pero que se hallaba universalmente establecida entre los orientales. En cuanto á las calumnias de Vigilancio contra la Iglesia, y á sus imposturas absurdas de supersticion é idolatría, respondió Gerónimo que ningun fiel habia tributado jamás la adoracion de Dios á los Santos, ni erigido á los hombres en divinidades; mas el herege, añade, trata de sacrilegio el cuidado que tenemos de cubrir con telas preciosas las reliquias de los Santos. ¿Con que somos sacrilegos cuando manifestamos nuestro respeto en las basílicas de los Apóstoles? ¿Con que el emperador Constanzo fué sacrilego cuando hizo conducir á Constantinopla los restos venerables de Andrés, Lucas y Timoteo, ante quienes bramaban los demonios? ¿Con que, segun esto, deberíamos hoy llamar sacrilego al emperador Arcadio, que acaba de trasladar con tanta pompa desde Judea y Tracia los huesos del bienaventurado Samuel, y los obispos y pueblos de todas las provincias que salian en todas partes al camino, y acompañaban sin interrupcion al santo Profeta desde la Palestina hasta Calcedonia, serán no solo sacrilegos sino tambien insensatos en venerar á porfia frias y viles cenizas.

(1) Hieron. *ib.* c. 2.

El Santo alude á la traslacion de las reliquias de Samuel, que el emperador Arcadio hizo en efecto con el mas pomposo aparato durante el episcopado de Atico.

Atico habia sucedido á Arsacio, que murió de edad de ochenta y un años, diez y seis meses despues de la espulsion de San Juan Crisóstomo, sin que este suceso cambiase de modo alguno la suerte del santo Patriarca ni la de sus virtuosos adictos. Continuaba la opresion á pesar del interés que las personas justas y los mas dignos preladós tomaban en este grande negocio que conmovió á toda la Iglesia. Empleó el Sumo Pontífice sábiamente todos los recursos de la caridad y de la condescendencia, y vivió al principio en comunion con los dos partidos; es decir, con el de Crisóstomo y con el de su antagonista Teófilo; vituperó no obstante altamente á este violento adversario por haber procedido de un modo tan fuerte, máxime hallándose ausente aquel. Como Teófilo se apoyaba en los cánones de Antioquia, le dice espresamente el Papa que la Iglesia Romana no conocia otros relativamente á este negocio que los de Nicea. «Los que los hereges han compuesto, añade, deben quedar sin efecto segun el Concilio de Sárdica, aun cuando por otra parte fuesen justos.» Por lo que hace al santo obispo le escribe una carta afectuosa para animarle, esperando se pudiese añadir una justificacion brillante á la que tenia ya en el testimonio secreto de su conciencia.

Llegaban todos los dias á Roma nuevas noticias sobre la iniquidad de la trama, que ya se habia entrevisto allí, pero sin poder penetrarla. Ademas de los obispos que en gran número habian venido de Oriente, llegó á Roma un presbítero de Constantinopla llamado Teótanes con cartas sinódicas de un Concilio de cerca de veinticinco obispos á favor del Santo desterrado. Llegaron tambien

vários solitarios y vírgenes á quienes habian tratado cruelmente por su afecto á su pastor legítimo, y que conservaban aun las cicatrices de los golpes sufridos por tan buena causa. Súpose que la persecucion habia llegado hasta el punto de dictar pena de deposicion y confiscacion de bienes contra los obispos que rehusasen comunicar con Teófilo y aprobar su doctrina. Los legos constituidos en dignidad habian sido condenados á perderla; los oficiales y militares, á ser despedidos; los plebeyos y menestrales, á una multa considerable y al destierro; mas el amor heroico de este buen pueblo á su pastor le hacia á despreciar todos los peligros y sacrificar lo que mas estimaba.

Escribió el Sumo Pontífice al emperador Honorio acerca de un negocio que alteraba la paz de la mitad de la Iglesia. Discutióse seriamente el asunto en el consejo de este príncipe religioso y entre sus preladós; y en su consecuencia se envió cinco obispos á Arcadio, con dos presbíteros y un diácono, con las cartas mas enérgicas del Papa, de Honorio y de los obispos de Occidente. Los orientales que habian llevado sus quejas á Roma regresaron llenos de confianza con estos diputadós; pero el éxito de la diputacion fué bien contrario á sus esperanzas. Los diputadós continuaban aun su rumbo sobre la costa de Atenas, cuando un tribuno militar los prendió, los sacó de su navío y los pasó á otros dos navíos diferentes, en donde sufrieron una horrible tempestad, sin tener apenas cosa alguna que comer en tres dias. Luego que pusieron el pie en Constantinopla, á la entrada de la noche, se apoderaron de ellos los guardias y los condujeron bruscamente sin decirles con qué orden lo verificaban. Despues los encerraron en una fortaleza que estaba á la orilla del mar, en donde se les trató con la mayor insolencia, poniendo á los romanos en un cuarto y á los griegos en otros muchos,

sin dejarles ni un criado para servirles. El principal objeto, despues de haber separado á los romanos de la audiencia del emperador, era interceptar los papeles que iban á presentarle. Al oír que se les mandaba entregarlos, representaron el respeto debido á la calidad tanto de las personas que los enviaban, como de aquellas á quienes iban dirigidos; pero el paso dado no era de los que permiten volver atrás. Asi que un tribuno, llamado Valeriano, arrebató las cartas al obispo que las llevaba, y se las quitó con tanta violencia que le quebró el dedo índice. A la mañana siguiente se intentó corromperles con el dinero en la mano, instándoles mucho tiempo á que comucasen con Atico, á lo que se resistieron con valor. Mas desesperando de poner fin á las inquietudes del Oriente, suplicaron se les permitiese volver en paz á sus iglesias. Pasó por último Valeriano á sacarlos del castillo en donde estaban, y los hizo embarcar en un navío viejo con veinte soldados feroces, sacados de diferentes compañías, y aun se decia que estaban tomadas las medidas para que todos pereciesen. Sin embargo, á poca distancia mudaron de bagel temiendo un naufragio inevitable, y veinte dias despues abordaron á las costas de Italia.

Ignoraban empero la suerte de los obispos de Grecia que habian ido con ellos. Dijose al principio que los habian arrojado al mar; pero despues se supo que habian sido desterrados á las estremidades mas bárbaras del imperio; uno á las fronteras de Persia, otro á lo interior de la Arabia, cerca de los sarracenos, otro hasta las inmediaciones de los etíopes; y que unos y otros habian sido despojados de todas las cosas, y puestos bajo la guardia de esclavos públicos. No fueron estas las únicas victimas del espíritu de cisma y de venganza. Serapion, uno de los mas fieles discípulos de San Crisóstomo que le habia ordenado

obispo de Heraclea, fué blanco de mil calumnias, azotado públicamente, condenado por una rara crueldad á ver sus dientes arrancados, y finalmente desterrado á su pais, que era Egipto. Un santo viejo, llamado Hilario, que vivia ya diez y ocho años en una austeridad en que ni aun se permitia el uso del pan, fué golpeado cruelmente, no por orden del juez lego, mas equitativo con el hombre de Dios, sino por el furor de la parte rebelde del clero. Muchos otros personajes, distinguidos por su dignidad ó por sus cualidades personales, se vieron precisados, para ocultarse y poder subsistir, á trabajar la tierra ó vivir en los mas viles oficios; y en fin, á desterrarse á sí mismos temiendo un tratamiento mas cruel.

Los cobardes enemigos de Crisóstomo le envidiaban hasta la estimacion que se hacia de sus virtudes y la gloria de las conversiones que obraba entre los infieles de su comarca. Por esta causa solicitaron y obtuvieron nueva orden de la córte para trasladarle á Pitionta, lugar desierto sobre las costas septentrionales del Ponto Eusino. Duró tres meses este nuevo viaje, aunque dos soldados pretorianos que le conducian, le apremiaban extraordinariamente para que acelerase su marcha. No pudo menos uno de ellos de disculparse con él al ver su decaimiento y dolor, y le reveló ser tal la orden de la córte; mas el otro se irritaba con las condescendencias de su compañero, obligaba al Santo á caminar de noche lo mismo que de dia, hacia de él un objeto de diversion, y se burlaba del Santo con insolencia al verle todo mojado, y otras veces se reia de su cabeza calva y quemada por los ardores del sol. Ni un momento permitia que se detuyese en las ciudades ni en los lugares que le daban algun alivio ó comodidad. Llegaron por fin á Comana, término señalado por el cielo á los trabajos y á la vida de gran Crisóstomo. No se le permitió aposen-

tarse en la ciudad, sino á cinco ó seis millas de distancia en un reducto dependiente de una iglesia dedicada á San Basilio, antiguo obispo de este lugar, y martirizado en otro tiempo con San Luciano de Antioquia. Aparecióse por la noche el santo mártir á Crisóstomo, y le dijo: «valor, hermano mió Juan, mañana estaremos juntos.» Era tanta la seguridad que Juan tenia de la revelacion, que á la mañana siguiente rogó á su implacable conductor retardase un poco la partida; pero no pudo conseguirlo. Mas apenas habian caminado treinta estadios, ó legua y media, cuando el Patriarca se sintió tan malo, que fué necesario volver á la iglesia de donde habian partido. Lo primero que hizo aquí fué dejar sus vestidos ordinarios para vestirse de blanco. Distribuyó á los pobres lo poco que le restaba: despues recibió, estando aun en ayunas, la comunión de los sagrados símbolos de nuestro Señor, como dice la Crónica de Alejandria, es decir, recibió la Eucaristía. Hizo su oracion delante de todos, y la acabó con estas palabras que repetia muchas veces: «Seá Dios bendito por todo;» y despues espiró el dia 14 de setiembre del año 407. Enteráronle con honor cerca de San Basilio; y sus funerales, dicen los autores contemporáneos, tuvieron toda la gloria del primer dia de fiesta de un mártir. Hubo un concurso prodigioso de personas de todos los paises y de todos los estados: asistieron con el pueblo los monges y las vírgenes, no solo de los lugares inmediatos, sino tambien de la Siria, de la Cilicia, del Ponto y de la Armenia, como si se hubieran convenido en juntarse todos (1).

Tenia el santo obispo cerca de sesenta años, y habia gobernado la iglesia de Constantinopla nueve años y ocho meses, contando su destierro que fué de mas de tres

(1) Sozom. lib. 8. c. 44. pag. 201. y otros.

años y medio. Su muerte en nada amenguó el celo de sus defensores; y mientras que los orientales no quisieron honrar su memoria, la Iglesia romana con todo el Occidente les negó su comunión, principalmente á Teófilo de Alejandria primer autor de esta injusticia.

Como la causa de Crisóstomo era la de toda la Iglesia, todos los Sumos Pontífices de su siglo y todos los doctores mas célebres han hecho á porfia su elogio y el de sus obras; monumentos tan universalmente estimados que no se nos podrá tachar de que abandonemos nuestro plan, porque demos fin á este libro con una noticia algo estensa de los escritos del mas elocuente de los Padres de la Iglesia. Exhortando al clero de Constantinopla el Papa San Celestino á juzgar de las impiedades de Nestorio por la pura y sublime doctrina que habia recibido del gran Crisóstomo, dice: «¿Qué dejó de enseñaros este doctor de santa memoria, este obispo tan lleno de luces, cuyos discursos esparcidos por toda la tierra habitada, hacen tan recomendable la verdad católica? Su voz no pudo resonar sino en pocos lugares; pero ninguno hay á quien no instruya todavía con sus escritos. La muerte, lejos de cerrarle los labios, le hizo el predicador de todo el universo, que lee sus obras sublimes con tanto fruto como admiracion.» San Leon ensalza en este Padre aquellos raudales de doctrina espiritual y vivificante, que saliendo aun mas de su corazon que de su boca, infunden en todas las almas la unción, la fuerza y la vida. Reunidos en Concilio todos los orientales, le pusieron, despues de su muerte, en el número de los Doctores de la Iglesia, y le propusieron no solo como el honor del episcopado en la ciudad imperial, y como una de las mayores lumbreras del Oriente, sino tambien como una antorcha capaz de disipar las sombras de todas las

provincias y del mundo entero. San Efrén no se contenta con darle simplemente el nombre de *boca de oro*, que se atribuia á otros muchos doctores, sino que le llama *la boca de toda la Iglesia*. «Descansó, dice Casiano, en el seno de Jesus, como el Apóstol cuyo nombre tiene; y bebió como él aquella doctrina que abrasa los corazones en el divino amor. Formaos con su doctrina; y si no se le puede igualar, á lo menos será glorioso imitarle.» El grande obispo de Hipona, con la autoridad que le daba la misma estension de su ingenio, hablando de este Padre griego, á quien se puede llamar en cierto modo el Agustin de Oriente, alaba especialmente la pureza de su fé, la elevacion de su espíritu, la fecundidad de su ciencia y la justa celebridad de su reputacion.

Examinando San Isidoro de Pelusio con todo el rigor de la critica los caracteres de la elocuencia de San Juan Crisóstomo, y juzgándole por las reglas severas de Plutarco, concluye reputándole superior á todos los demas oradores sin escepcion. Aventábase efectivamente en todo lo que es noble y natural en la elocuencia, en la composicion, en el método, en los pensamientos y en las espresiones. A esto es menester añadir lo que, al leer algunos de sus discursos, no puede menos de espermentarse con Sozomeno, esto es, que así sus espresiones como sus pensamientos tienen muchas veces un no sé qué de divino, que sobrepaja á la capacidad del hombre. Su estilo siempre es claro, sencillo, y sin los vanos adornos con que los declamadores habian sobrecargado la hermosura natural del antiguo aticismo. Conserva hasta en los términos toda la pureza de los antiguos atenienses. Siempre agrada, y siempre convence, porque tiene un aire de verdad y un tono de sentimiento que penetran toda el alma. Por todas partes se encuentran racionios fuertes, pero

siempre sencillos y perceptibles para todos sus oyentes; comparaciones exactas, frases vivas y penetrantes, imágenes grandes y luminosas, con todas las figuras que adornan y realzan la verdad en vez de debilitarla. Sin embargo, entre todas las propiedades de su pluma la que le caracteriza de un modo único, es el arte inimitable de mover y fijar, dando cuerpo y colores á los objetos mas sublimes y á las veces los mas sutiles, y de sacar instrucciones tan interesantes como sólidas del fondo mas árido y escabroso al parecer. Poseía tambien aquel arte, tan familiar en los antiguos, de distinguir y usar de los verdaderos resortes de la elocuencia, aprovechándose del tiempo y de las circunstancias, y utilizando todo lo accesorio que para lograr el fin del orador es muchas veces mas poderoso que el fondo de las cosas, como con tan buen éxito lo practicó en la consternacion que se siguió á la sedicion de Antioquia.

El estilo de San Crisóstomo parece algunas veces un poco asiático ó muy difuso; pero al mismo tiempo hasta en sus difusiones se notan tanto espíritu, tantas gracias, y sobre todo tantos rasgos de una imaginacion viva y brillante, que arrebatado el lector por un encanto inesplicable, no puede resolverse á omitir cosa alguna. Esperimentase principalmente este interés en las obras de sus años floridos, porque hay una diferencia considerable entre las que se publicaron en Antioquia, y las que compuso despues colocado en la Silla Episcopal de la nueva Roma, cuando la multitud de sus ocupaciones y de sus trabajos no le permitian darles el mismo grado de perfeccion.

Antes de estar encargado de la instruccion pública, antes de ser sacerdote, escribió sus tratados y todas sus dilatadas obras, entre las que se admiran sobre todo sus libros de sacerdocio; obra maestra en este género y una de las mas puras fuentes

en donde la Iglesia bebió las reglas clericales. Su liturgia, por lo que hace al fondo de las cosas, prueba cuán versado estaba en estos divinos objetos. Cuéntase tambien entre sus mejores tratados los que compuso contra los gentiles; sus Avisos á las viudas, su Apología de la vida monástica; su Exhortacion al monge Teodoro que habia caído en la apostasia; y el sublime paralelo en que enaltece al verdadero solitario sobre los príncipes del mundo. El tratado de la compuncion desempeña tan perfectamente su objeto, escitando á la contriccion del corazon por la confianza en la grandeza infinita de la divina misericordia, que por él se ha dado á su patético y sábio autor los dictados de *lengua de la misericordia* y *ojo de la penitencia*. Estas, con la limosna y el peligro de los falsos bienes de este mundo, eran el campo donde con mas frecuencia ejercitaba su elocuencia.

Casi todas sus excelentes homilias las escribió á la edad de treinta y ocho años, despues de ser ordenado sacerdote de Antioquia, ciudad llamada el ojo del Oriente, así por lo brillante de los talentos y de las artes, como por su magnificencia. Agradó siempre tanto en Antioquia, que todá su modestia no podia imponer silencio á los aplausos que se le daban en medio de sus discursos públicos. Interrumpianle muchas veces, y obligado á detenerse en sus discursos, protestaba, pero siempre en vano, que á él no se le honraba con palmadas, sino siguiendo la verdad.

Entre todas las obras de San Crisóstomo, sus homilias al pueblo de Antioquia, que ocupan sin duda uno de los primeros lugares entre sus elocuentes escritos, produjeron el mayor efecto por la habilidad del orador en preparar los resortes que obran los grandes movimientos. No será inoportuno hacer aquí una esplicacion para los que siguen la misma carrera. Para corregir á

sus conciudadanos de sus malos hábitos inveterados, se aprovechó de la ocasion que le presentaba el dolor y la consternacion en que lloraban despues de su rebelion, esperando el último castigo. Mas contra su costumbre, dejó pasar siete dias enteros sin hablarles en público. Reuniólos despues con frecuencia, mostróse mas inquieto y mas afligido que nadie por la desgracia comun, padeció con todos, se compadeció de ellos, los animó y les presentó todos los motivos de consuelo y esperanza, sin hablarles apenas de otra cosa en los tres primeros discursos. Viendo despues por su fervor en acudir al lugar santo, que la fé se habia animado en sus corazones, les pintó con viveza la vanidad del siglo, la locura de los espectáculos que tanto amaban, el horror de la intemperancia, de la cólera, de la profanacion del nombre de Dios, y de todos sus vicios dominantes; y con la ocasion de un crimen que debia arruinar la ciudad, la adornó con todas las virtudes, y la hizo tomar un aspecto enteramente nuevo.

Entre las producciones mas dignas del gran Crisóstomo se cuentan tambien sus homilias sobre el Evangelio de San Mateo, las primeras homilias sobre las epístolas de San Pablo, con un gran número de panegíricos y sermones sueltos que nos guardaremos bien de hacer áridos analizándolos. Es necesario leer en toda su estension cada una de estas obras maestras y admirables por mil rasgos sublimes, y mucho mas por las bellezas del orden, por la disposicion oratoria y por la fuerza victoriosa de todo

el conjunto. Advertiremos de paso con este motivo, que el extracto de las obras de este Padre, hecho por un autor antiguo en treinta y un sermones, mirados como unaleccion de los mejores lugares del original, lejos de serlo, carece de exactitud y hasta de gusto.

Merecen tambien grandes elogios muchas cartas escritas por este santo orador desde su destierro, en donde la continuacion del peligro y de los sufrimientos, la inhumanidad de sus perseguidores, el amor de sus amigos y el conjunto de mil circunstancias tiernas, restituyeron á su estilo el fuego y las gracias de su mas bella edad.

En cuanto á la interpretacion de las divinas Escrituras, lo diremos todo en dos palabras: San Juan Crisóstomo ocupa entre los padres griegos el mismo rango que San Jerónimo entre los latinos. Mas cuando espone la sublimidad de la doctrina, al menos de la moral y de las máximas de perfeccion del Apóstol San Pablo, debemos confesar que entre los intérpretes de todos los tiempos y de todas las lenguas solo él logró sin disputa el primer lugar. Parece muchas veces que el espíritu de San Pablo se esplica por la boca del Crisóstomo, cuya admiracion respecto de este Apóstol rayaba hasta en un santo entusiasmo. Dicen que, cuando escribia, tenia siempre su retrato á la vista, y que mirándole fijamente, y preguntándole con los ojos, conformaba su ingenio con el de su modelo, y se elevaba con él, por decirlo así, hasta el tercer cielo. Así el mas elocuente de los Apóstoles formó é inspiró al mas elocuente de los Padres de la Iglesia.